

21º Congreso Internacional de Psiquiatría. XC Jornadas Argentinas de Psiquiatría. AAP. Asociación Argentina de Psiquiatras (AAP), Buenos Aires, 2013.

Versiones imaginarias del síntoma.

Buchanan, Verónica, San Miguel, Tomasa y Valcarce Laura.

Cita:

Buchanan, Verónica, San Miguel, Tomasa y Valcarce Laura (Septiembre, 2013). *Versiones imaginarias del síntoma*. 21º Congreso Internacional de Psiquiatría. XC Jornadas Argentinas de Psiquiatría. AAP. Asociación Argentina de Psiquiatras (AAP), Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/veronica.buchanan/21>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pymT/gmt>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Maestría en Psicoanálisis

METAPSICOLOGÍA II
(MP 1302)

Docentes:

- Fabián Schejtman
- Marcelo Barros
- Leonardo Leibson
- Santiago Mazzuca
- Tomasa San Miguel

Alumna:

Verónica Buchanan
DNI 28643834
mail: verobuchanan@gmail.com

1º cuatrimestre de 2013

Introducción

En el presente trabajo se tomarán algunas afirmaciones que Freud realiza sobre el narcisismo. No se pretende un desarrollo acabado sobre el tema sino retomar interrogantes, especialmente sobre el narcisismo en la mujer.

Esto será articulado con lo que Lacan en su escrito “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” (1960) formula como narcisismo del deseo, diferenciándolo del narcisismo del ego. Me propongo así comenzar a desarrollar algunas hipótesis de mi plan de tesis, interrogando matices o versiones del narcisismo que no se superponen y cuya diferenciación permite plantear nuevas versiones de la inhibición como nominación imaginaria.

Tomando los campos de goce presentados en la materia, se interrogará si el goce ligado al narcisismo sólo admite ser escrito en la parcela delimitada por el principio del placer como aquella satisfacción de creerse uno (reconocimiento especular). O si, siguiendo algunos desarrollos de Freud y Lacan, podemos ubicar un goce del narcisismo que conduce más allá del principio del placer, no sólo cruzando su límite hacia el goce del superyó sino también hacia ese más allá que comporta lo femenino.

Asimismo, concluiré esbozando otra respuesta posible a una pregunta que atravesó el curso de Metapsicología II: *¿Deja huella un hombre en una mujer?*.

Versiones del Narcisismo en Freud

Freud en “El yo y el ello” (1923) se ve llevado a proponer una “*ampliación en la doctrina del narcisismo*” (FREUD 1923 p47) dando cuenta de las complejidades que introduce el abordaje metapsicológico de esta operación. En “Introducción del narcisismo” (1914) toma de los niños y los pueblos primitivos la sobrestimación del poder de los deseos y actos psíquicos para afirmar “*nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite*” (FREUD 1914 p73). Estos desarrollos, en continuidad con la definición propuesta en el historial de Schreber, dan cuenta de la doctrina del narcisismo en Freud según la cual el yo, el cuerpo y la realidad se constituyen en la operación del narcisismo que se produce al reunir en una unidad -la libido- las pulsiones parciales, al tiempo que toman al cuerpo propio como primer objeto de amor. La elaboración que Lacan hace del estadio del espejo y su lectura de los esquemas ópticos, permiten interpretar el narcisismo freudiano como una identificación imaginaria a la imagen especular que anticipa el dominio del cuerpo, otorgando ilusión de unidad. En esta lectura, el yo se constituye como una instancia de desconocimiento. Fundamentalmente, se trata del desconocimiento de la barra que divide al sujeto y lo constituye como deseante, desconocimiento de la imposibilidad para el ser hablante de reconocerse acabadamente, de ser idéntico a si mismo. Destaco que Freud toma el modelo de los niños y los

pueblos primitivos para dar cuenta de la relación del narcisismo con la sobrestimación del deseo. Y, para Freud, estos deseos -aquellos de los niños y de los pueblos primitivos- no son diferentes del deseo inconciente del neurótico, salvo que en éste último operó la represión. Una primera hipótesis es que una versión del narcisismo se articulara con un deseo que no ha caído bajo la represión, pero que se entrama con lo que luego llamará inconciente no reprimido. No es este un ejemplo tomado al azar, sino que en diferentes ocasiones esta comparación con los niños y los pueblos primitivos le ha permitido a Freud avanzar en sus hipótesis sobre el aparato psíquico.

Es también en "Introducción del narcisismo" donde se remite a la enfermedad y al dormir para dar cuenta de un repliegue narcisista de las investiduras libidinales. Las trabaja como alteraciones de la distribución de la libido a partir de alteraciones en el yo (enfremado o dormido). En "Lo inconciente" (1914) reforzará esto complejizándolo ya que propondrá un *narcisismo del dormir* que implica que ese repliegue libidinal alcance también al yo como objeto, para permitir el dormir. Con este agregado, el narcisismo como repliegue libidinal no sólo tiene como destino al yo sino, dice Freud también al *deseo de dormir*. En el Seminario 21 Lacan sostenía que "*Lo imaginario es el prediminio dado a una función del cuerpo, la de dormir*" (LACAN 1973-1974. 19/03/1974). De acuerdo con el planteo freudiano, el deseo de dormir resalta un repliegue libidinal, un narcisismo que no tiene como destino al yo sino a un deseo que remite a una función del cuerpo.

Siguiendo con el texto de 1914, Freud avanza en la propuesta de dos tipos de elección de objeto: anaclítica y narcisista. En el primer caso, se trata del apuntalamiento de las pulsiones sexuales en las funciones de autoconservación. Freud señala que este tipo de elección de objeto se presenta más frecuentemente en los hombres como pleno amor de objeto en tanto comporta la sobrestimación sexual del objeto y el empobrecimiento libidinal del yo.

Por otro lado, la elección del objeto narcisista implica elegirse a si mismo como objeto de amor y es lo que ocurre -sostiene Freud- en los casos en donde el desarrollo libidinal se ha visto perturbado. Es también el tipo más *puro y genuino* de elección de objeto en la mujer "*En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en rigor, a si mismas con intensidad pareja a la del hombre que las ama. Su necesidad no se sacia amando sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad.*" (FREUD 1914 p85). Señala Freud el atractivo que ellas ejercen en la sociedad, aunque esta atracción no es privativa de ellas, también los niños, los gatos y algunos grandes carnívoros (animales), el criminal célebre y el humorista lo ejercen, "*por la congruencia narcisista con la que saben alejar de si todo cuanto pueda empequeñecer su yo*" (FREUD 1914 p86). En apariencia, esta bipartición de los tipos de elección de objeto entre hombres que quieren amar y mujeres que quieren ser amadas, garantizaría la complementariedad entre los sexos. Sin embargo, Freud no deja de decir, aunque no

lo explica, que hay una incongruencia entre los dos tipos de la elección de objeto. Congruencia narcisista de ella con su yo por un lado, incongruencia entre ellos... entre los tipos de elección de objeto, por el otro.

Conviene desglosar las afirmaciones que se deslizan en esta cita. No sólo esa complacencia consigo misma, sino también interrogar cuál es la atrofia en la elección de objeto a la que una mujer se ve constreñida por la sociedad. Respecto de ésta última, más allá de las contingencias de la época freudiana, quizás podamos leer ahí la estructural disimetría del Edipo y la atrofia, lo intramitable por la vía paterna de la relación pre-edípica de la niña con su madre. Efectivamente, esa primera elección de objeto queda atrofiada, inhibida en su desarrollo, a pesar de la operación del orden social, de la ley paterna. Y si la niña no sepulta el Edipo sino que se desilusiona de él, es porque hay lo *atrofiado* de la relación pre-edípica que no es digerido por este complejo. ¿De qué modo esta atrofia en materia de elección de objeto propende en ellas la elección de objeto narcisista? Digamos que en el punto en el cual eso atrofiado no pasa al lazo edípico, ni se enmarca en la lógica fálica, permanece como un eros no cedido a los objetos. En este punto, tomamos la referencia freudiana a la estasis libidinal en el yo, pero para dar cuenta de un yo y un cuerpo que no se cierran en la imagen que se sostiene de la significación fálica.

Voy a realizar una interpolación para profundizar este punto. En el historial de Schreber, Freud ubica el segundo momento de la represión como una retracción libidinal al yo con el efecto de pérdida de realidad o fin de mundo. Se ve llevado a nombrar eso como megalomanía. Sin embargo, esa operación tiene como correlato la pérdida de la realidad, del yo y del cuerpo; mientras que la megalomanía como delirio es ya reconstitutivo, intento de curación, tercer momento de la represión. Y en Freud no se confunde lo que él localiza como momento patológico, mudo, con el retorno de lo reprimido como intento de reconstrucción de la realidad en el delirio. Hago esta analogía para permitirme interrogar el aparente sentido de aquella '*complacencia consigo misma*' que acarrearía el desarrollo para una mujer. No creo que sea evidente que el mirarse a si misma esté articulado al placer, diría incluso que su fijeza y efecto de detención más bien son el signo de un más allá del principio del placer. Quiero decir, más allá de lo que a ella le *plazca*, precisa mirarse para fijar un cuerpo en el espejo. Es que aquello atrofiado resiste obstaculizando no sólo el sepultamiento del complejo de edipo, sino también el cierre del yo-cuerpo-realidad en esa imagen en donde se tiene la ilusión de reconocerse. Y si ni siquiera las identificaciones regresivas a los hombres que ama o ha amado logran cerrar un yo para ella -ya que este se constituye por una sedimentación que no garantiza un punto final-, más aún el cuerpo señala el punto atrofiado, resistente a la identificación, en el que la cantidad no hizo ese recorrido por los objetos.

En "El problema económico del masoquismo" (1924) y en "El yo y el ello" (1923) Freud plantea que toda regresión de libido al yo supone la desmezcla pulsional entendida como el quite de los

componentes eróticos a la pulsión de muerte. Esto comprende a las identificaciones por las que el yo de la mujer se constituye, lo que implicaría que su yo, su narcisismo es pura pulsión de muerte. Esto fue articulado por F. Schejtman como *identifijación* refiriéndose a la fijación pulsional que supone la identificación, punto en el que las identificaciones regresivas se apoyan en la identificación primaria y donde el narcisismo como pulsión de muerte -al que se arriva por la desmezcla que supone la regresión- resiste el lazo libidinal al otro y resiste encausarse en la transmisión paterna.

En este sentido, Freud ubica que la estasis libidinal en el yo se produce cuando la libido objetal deviene libido yoica. En consecuencia, dicha estasis implica una desmezcla pulsional, o sea, se trata ahí de la pulsión de muerte a secas. Acá la estasis libidinal sigue el mismo recorrido que las identificaciones regresivas que sedimentan el yo. Ahora bien, ¿cuál es la relación de la estasis del yo con el yo de la mujer y, especialmente, con la complacencia consigo misma que supone la elección de objeto narcisista?

Freud va a señalar que hay en el yo una cantidad que llama eros desexualizado, energía que puede por acopio ir a cualquier moción (eros o pulsión de muerte). Introduce así un resto de libido que puede ser agregada tanto a la libido del yo (narcisista) como a la de objeto. Se trata de una cantidad en el yo que no es pura pulsión de muerte. Entonces nos vemos llevados a ubicar que no todo el yo en las mujeres consiste en la sedimentación de aquellas identificaciones regresivas. Si toda identificación regresiva supone la desmezcla pulsional, o sea, la pulsión de muerte despojada de sus componentes eróticos; y hay en el yo una energía que Freud llama eros desexualizado y que puede agregarse tanto a la pulsión de muerte como a la libido ¿No conviene diferenciar un narcisismo 'mortífero' -producto de las identificaciones regresivas- de otro que no lo es sino que persiste como eros desexualizado -que no fue cedido a los objetos-? En este punto propongo que no todo en la *identifijación* es obturación o consistencia, se trata de la fijación a un agujero. En la identificación primaria se trata de la fijación pulsional a un agujero, a una cicatriz. Y la constitución del yo, del cuerpo y de la realidad, también se apoya en la consistencia que bordea un agujero. Hay el agujero de lo imaginario como aquello del cuerpo que, en tanto eros desexualizado, resiste a la significación fálica, que no hace lazo, al menos no en los términos de la elección de objeto anaclítica. No hace lazo pero si eco, y en ese punto es condición de posibilidad de un encuentro.

Narcisismo del ego y Narcisismo del deseo

Lacan en "Intervenciones sobre la transferencia" (1951) liga los síntomas conversivos a una falla en la constitución del cuerpo en el estadio del espejo, donde no se ha logrado *del todo* la unidad corporal. "*Para tener acceso a este reconocimiento de su feminidad, le sería necesario realizar esa asunción de su propio cuerpo, a falta de la cual permanece abierta a la fragmentación funcional (para referirnos al aporte teórico del estadio del espejo), que constituye los síntomas de*

conversión” (LACAN 1951 p204). Indica el punto de no reconocimiento, de *imposible de reconocer* de su feminidad que tiene como correlato en el síntoma la fragmentación funcional de su propio cuerpo. Opongo este imposible de reconocer a lo que, en el Seminario 24, llama saber hacer que tiene el hombre con su propia imagen *“Conocer su síntoma quiere decir saber hacer con, saber desembrollarlo, manipularlo. Lo que el hombre sabe hacer con su imagen, corresponde por algún lado a esto, y permite imaginar la manera en la cual se desenvuelve con el síntoma. Se trata aquí del narcisismo secundario, que es el narcisismo radical, estando el narcisismo llamado primario excluido en este caso”* (LACAN 16/11/1976). Dos versiones del narcisismo, en un caso lo imposible de *reconocer* que es leído en el síntoma como fragmentación funcional, y en el otro el saber hacer con la imagen y con el síntoma que articula al *conocimiento*. Lo imposible de reconocer para una mujer, su feminidad corporal, y lo que un hombre puede conocer, su imagen, su síntoma, y una mujer en tanto síntoma o imagen para él. Incongruencia señalada por Freud entre sus tipos de elección de objeto.

Lacan en “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” (1960) menciona una diferencia y un desplazamiento entre el narcisismo del ego y el narcisismo del deseo. *“Es desde ese íncubo ideal desde donde una receptividad de abrazo ha de transfigurarse en sensibilidad de funda sobre el pene. Para lo cual constituye un obstáculo toda identificación imaginaria de la mujer (en su estatura de objeto propuesto al deseo) con el patrón fálico que sostiene la fantasía. En la posición de o bien-o bien en que el sujeto se encuentra atrapado entre una pura ausencia y una pura sensibilidad, no debe asombrarnos que el narcisismo del deseo se aferre inmediatamente al narcisismo del ego que es su prototipo”* (LACAN 1960 p712).

A partir de esta cita, me interesa ubicar para el narcisismo del ego la ilusión de unidad, el yo como lugar de desconocimiento y reconocimiento especular. Narcisismo del ego que sostiene la identificación imaginaria de la mujer con el patrón fálico del fantasma, y obstaculiza la posición imposible de reconocer entre la pura ausencia significativa y la pura sensibilidad no fálica. El narcisismo del ego como aquel que se produce en el campo del sentido que, en el nudo borromeo, se recorta entre imaginario y simbólico. Se trata de la identificación imaginaria sostenida desde lo simbólico que se articula en el estadio del espejo.

Por otro lado, el narcisismo del deseo indica que la constitución narcisista del cuerpo no se cierra en las dos dimensiones del espejo plano. En “El yo y el ello” Freud agrega a los influjos del sistema P para la constitución del yo y su separación del ello aquel que ejerce el cuerpo propio, especialmente su superficie, ya que de ahí parten percepciones internas y externas. Aclara que el cuerpo *“Es visto como un objeto otro”* (FREUD 1923 p27) aunque genere percepciones internas. Señala que el doblar tiene un papel en esto como arquetipo del modo en que se llega a tener una representación del cuerpo propio. Se trata de un cuerpo que permanece como otro si bien es eficaz

en la constitución del yo. Retomando la cita de “Intervención sobre la transferencia” decimos que se trata de aquello imposible de reconocer en la asunción del propio cuerpo que hace que siga siendo un objeto otro. Por otro lado, la referencia freudiana al dolor me permite articular el narcisismo del deseo y aquello que en el cuerpo permanece como imposible de reconocer, con los afectos. Es que de acuerdo con Lacan en la Respuesta a M. Ritter el deseo entrama la relación de analogía entre el real pulsional “*aquello de la pulsión de se reduce a la función de agujero*” y el ombligo del sueño como lo imposible de reconocer en lo simbólico. El narcisismo del deseo como el que se produce en la continuidad imaginario-real, afecto, marca de lo que del cuerpo permanece otro.

¿Deja huella un hombre en una mujer?

Esta pregunta fue respondida durante el curso Metapsicología II de tres modos:

1- Siguiendo el adagio árabe -o más bien hebreo ya que se encuentra en el Antiguo Testamento, Proverbios 30¹- varias veces citado por Lacan, un hombre no dejaría huella en una joven mujer, porque ella es imposible de marcar, cómo el agua en donde no persiste el surco que realiza el pez.

2- De acuerdo con Freud, la huella de un hombre en una mujer no sería otra que su propio yo, el que ella se construye a partir de las identificaciones regresivas a los rasgos de los hombres que ama o ha amado. Esta respuesta no sería excluyente con la anterior ya que ella puede no tener, en tanto mujer, la huella del encuentro con un hombre, y a la vez, del lado hombre, hacer consistir en su yo esa huella.

3- Se afirmó también que un hombre deja huella en una mujer en tanto su decir la inventa, inventa un cuerpo como efecto de haber *leído las marcas de otro modo* (LACAN 1978). Se propone en este caso que sí, un hombre deja huella en una mujer, y esto se localiza en el nivel del decir y cómo este resuena en el cuerpo. Acá el decir queda planteado como lo que se produce entre simbólico y real, articulado al síntoma como letra de goce.

Me interesa en este trabajo esbozar otra posible respuesta. El hombre no deja huella en la mujer, siempre y cuando reduzcamos la huella a su referencia simbólico-real, ya sea como letra o en tanto decir. En este sentido, el único modo de 'marcarla' es sedimentándose en su yo, del lado hombre de las fórmulas de la sexuación.

Ahora bien, en el Seminario 20 Lacan sostiene sobre la contingencia “*Pues no hay allí más que encuentro, encuentro, en la pareja, de los síntomas, de los afectos, de todo cuanto en cada quien marca la huella de su exilio, no como sujeto sino como hablante, de su exilio de la relación sexual*” LACAN 1972-1973 p175). Continúa diciendo que por el afecto que resulta de esa hiancia, se produce la ilusión de que la relación sexual es contingente, o sea, cesa de no escribirse y concluye que esta ilusión se inscribe “*durante un tiempo, tiempo de suspensión, lo que sería la relación*

1 SCHEJTMAN, F. “Clínica psicoanalítica: Verba, Scripta, Lectio” en *Psicopatología: Clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis*. GRAMA Ediciones, 2013

sexual encuentra en el ser que habla su huella y su vía de espejismo (...) de la contingencia a la necesidad, éste es el punto de suspensión del que se ata todo amor” (LACAN 1972-1973 p175).

Dejo esto señalado para continuarlo en otro trabajo, pero la diferencia entre síntoma y afecto como dos formas de la huella que deja para un ser hablante lo imposible, articulada a la referencia freudiana de la experiencia de dolor (imagen mnémica) y de satisfacción (huella mnémica) y sus correlatos en el afecto y el deseo, me permiten pensar el afecto como la marca que un hombre puede dejar en una mujer, en aquello de su cuerpo que permanece imposible de reconocer.

Quizás el síntoma no sea la única marca posible, también lo afectan marcan. Se trata de dos reales que no son equivalentes sino análogos. Es que él quiere encontrar su huella en ella en el ombligo del sueño y sólo encuentra su yo, mientras ella recibe su marca como afecto en el ombligo que anuda su cuerpo como objeto otro. Desencuentro, *incongruencia* del 'no hay relación sexual' entre el tipo de elección de objeto de él y el de ella.